

Un país llamado circo

El signo del adiós

JAVIER TIBAQUIRÁ PINTO

LYDA NAUSSÁN R. (Ilustración de cubierta)

Panamericana, Bogotá, 2020, 144 pp.

EN 2019, Panamericana Editorial me invitó, junto a Conrado Zuluaga y Antonio Orlando Rodríguez, a ser jurado del recién creado Premio Nacional de Novela Inédita Ópera Prima. Este, según nos contó el gerente editorial, Fernando Rojas, había surgido en una Feria del Libro de Bogotá luego de oír los múltiples reclamos de escritores noveles que no encontraban editores interesados en valorar sus obras inéditas. El premio es la publicación de la obra. Leer novelas de autores sin prehistoria literaria no es una tarea amable. Por experiencia editorial soy alérgico a los manuscritos que llegan sin mediación de agentes literarios o lectores previos especializados. La mayoría suelen ser desatinados esfuerzos de personas con ego literario, que piensan por alguna razón torcida que las editoriales deben publicarlas por el solo hecho de escribir una historia y enviarla en un sobre.

Leí, pues, varios manuscritos con paciencia y al final solo resistió uno que podría ser ganador de la convocatoria. Con los otros dos jurados nos reunimos en la Librería Lerner del norte de Bogotá y coincidimos en el juicio... Un año después recibo el libro ya impreso: un ejemplar cuidado en su diseño, digno de presentar a un autor desconocido, Javier Tibaquirá, con una impactante ilustración de carátula.

El signo del adiós retrata la vida de un circo en decadencia, pero su intención real es mostrarnos a través de un microcosmos la compleja relación de un conjunto de personas unidas por una causa común, con el agravante de que un hecho va a provocar un estallido y una ruptura definitiva que los escindirá. La propuesta narrativa de Tibaquirá no es nueva. El circo como alegoría de la condición humana ha sido retratado en diversas novelas, películas y series de televisión. Recordemos *Cien años de soledad* (García Márquez), *Giulietta de los espíritus* (Federico Fe-

lli), *Carnivale* (Rodrigo García Barcha y otros). Un mago-gitano como Melquíades anuncia las infinitas posibilidades de la imaginación humana para crear esperanza en medio de la adversidad. Los personajes del circo son símbolos: el payaso, del humor; la mujer barbuda, de lo extraño; los malabaristas, del juego; el mago, de lo invisible; los trapezistas, del riesgo; los domadores, del poder sobre la naturaleza.

La novela comienza con las reflexiones del mago Moretti, quien en medio de un guayabo espantoso trata de recordar lo que sucedió la noche anterior. Apenas si logra sostenerse en pie. Dos motivos lo acucian: ¿dónde están sus conejos y, dado que el circo no tiene baños, en qué lugar podrá ir a desfogar sus intestinos? Progresivamente advertimos la dejadez del circo, las rencillas entre sus pobladores, la atmósfera del desencanto y la inevitable disolución de todo. El diálogo con el músico del circo, don Bornet, trae a Moretti a una realidad aberrante: el presente. Como en una película que empieza a ser revelada cuadro a cuadro, iremos enterándonos de las consecuencias de esa borrachera extrema. Una bomba cuyos detonantes serán mostrados, lentamente, a través de flashbacks.

El circo Maché es fruto de la utopía de un comerciante astuto, el viejo Medrano, que aprovechó una ganga y se dispuso a convertirlo en un sueño de marketing inédito. En efecto, Medrano no quería un circo andariego, que hubiera representado un riesgo de ruina latente por la imprevisibilidad de un mercado con clientes caprichosos en cada pueblo, sino un espectáculo sedentario: un lugar estable donde la gente lo referenciara de modo permanente y pudiera ir en familia a tener dos horas de esparcimiento. El circo queda incrustado en una montaña, en la parte alta de un barrio popular: a lo lejos se advierte como un misterio por develar.

En sus buenos tiempos el Maché fue un circo con graderías llenas a lo largo de tres funciones dominicales. Un circo con payasos irreverentes que hacían reír a los niños, que permitía a familias obreras obtener un merecido descanso de fin semana para huir del ciclo del capitalismo periférico:

pobreza heredada, imposibilidad de ascenso social, violencia crónica. Un circo que atraía forasteros, los cuales se arriesgaban a subir hasta la parte alta del barrio de invasión.

Las entradas y salidas de artistas —por choques con el gerente o por búsqueda de otras opciones laborales— van minando el espectáculo. Los que se quedan son el residuo de la impotencia. Llevan años y envejecen mal: al mago no le resultan los trucos, el domador de caballos se fractura una clavícula, el músico es víctima de párkinson. Pero, sobre todo, el circo es atropellado por la llegada de nuevas formas de ocio que atraen más a la gente: la televisión y las nuevas tecnologías. La idea de una carpa con luces multicolores, estampillada en la mitad de una carretera, ya no atrae ni a chicos ni a grandes, parodiando el eslogan publicitario.

El viejo Medrano se resiste al fracaso. Contrata nuevas figuras, de salarios más altos, con la expectativa de mejorar los números en rojo. El Maché resucita con un ilusionista rumano que sufre una metamorfosis laboral: ahora anuncia que cura personas enfermas con solo tocarlas. Una vez más el santito vargasllosista resucita entre los más pobres. Medrano saca partido económico de la situación, pero pronto tiene un sacerdote que lo visita para advertirlo de la herejía. Las cosas se complican cuando el cura muere de un infarto luego de participar en un exorcismo con el ilusionista. Los visitantes del circo, feligreses católicos en su mayoría, repudian al Maché. Medrano debe echar al cirquero; los planes de enriquecimiento se esfuman.

A la muerte del viejo fundador, surge su heredero, un muchacho tímido al comienzo, profesional en nada, nefelibata, que luego defiende su autoridad a punto de autoritarismo y maltratos. Hay una razón de fondo en el odio del jovencito: el viejo Medrano dejó como herederos a Moretti (el mago), a don Bornet (el músico) y a Atlas (el contorsionista). El testamento escondido será uno de los desencadenantes de que los empleados del circo se rebelen. La otra razón es más cruel: Medrano hijo quiere vender el circo a unos agentes inmobiliarios, largarse con el dinero y dejar en la nada a los cirqueros.

NOVELA		RESEÑAS
<p>Medrano organiza una sesión en homenaje a los “doctores”, los voraces negociantes que piensan vender los terrenos del circo para hacer un costoso condominio. La venganza de los cirqueros comienza con un acto feroz de rabia cuando Moretti, completamente borracho, rompe en la cabeza de uno de los empresarios el Stradivarius de don Bornet. Es el inicio del fin. Maya, la hermosa acróbata, trata de evitar la debacle. Se hace amante de Medrano y a su vez de Atlas, quien maneja los caballos. Piensa que el triángulo erótico puede servir de puente entre el dueño y los empleados para establecer un diálogo simbólico de subsistencia. Todo pende de un hilo, hasta cuando comienza el fuego.</p> <p>Tibaquirá une las diferentes subtramas en una sola en el capítulo 13. Los lectores entendemos por qué aquel circo desemboca en tragedia. Se había establecido un pacto simbólico alrededor de una amnesia generalizada. Nadie quiere enfrentar su pasado y todo es un disfraz de algo que pudo ser y se quedó en mero ensayo. Allí hay mezcla de anarquistas furiosos, delincuentes en fuga o fracasados que volvieron profesión un hobby. Rufo, el caballista, era cuidador de un zoológico que dejó escapar los animales en un momento libertario (p. 53). Ese conjunto de personajes ven rotos sus sueños y se enfrentan a la realidad plena sin eufemismos: es un circo mediocre, “una tachuela en el culo del mundo” (p. 104). Un lugar de fugados, un falansterio de gente errática. Personas desesperadas, unidas a la vida por la pura necesidad material de evitar morir de hambre. No hay utopía realizable allí. Don Bornet, entonces, se entrega a la fantasía del ido: “En alguna parte había oído sobre la posible existencia de realidades alternativas, donde lo maravilloso era un hecho y no una mera simulación” (p. 13).</p> <p>En <i>Novísimos narradores hispano-americanos en marcha</i> (1981), Ángel Rama creó un esquema de análisis para dar cuenta de los novelistas en ciernes a los que llamó “contestarios del poder” porque esa era la consigna de todos: desnudar sociedades que se creían totémicas y merecían la revolución social. Tibaquirá, en <i>El signo del adiós</i> (2020), en cambio, descrea de</p>	<p>esos poderes políticos de la literatura y se entrega como modernista redivivo al culto de la palabra que se sacia a sí misma. Hay un feroz subjetivismo en esta novela, una vuelta a las historias cerradas que reclaman centrarse en el caos individual que vivimos. Si acaso hay un reclamo velado o un dedo que apunta al lector (¡sálvate!) es en la escena en que Moretti, quemado el circo, y saciadas las ganas de defecar, bota en un vertedero la rueda de sol que le hubiera indicado un destino.</p> <p>Javier Tibaquirá Pinto nació en Bogotá, en 1980. Tiene 40 años. Es editor de libros de texto. Estudió filología e idiomas en la Universidad Nacional y realiza en la actualidad una maestría en creación literaria en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. El manuscrito de su primera novela dio vueltas en su escritorio por cinco años hasta que empezó a darle forma en 2015 en un taller literario virtual con sede en España. En una entrevista de prensa ha declarado:</p> <p style="padding-left: 40px;">El plan es continuar leyendo, escribiendo a ritmo estable y aprendiendo, a ver si al cuarto o quinto intento produzco un libro que se aproxime a lo que creo que puedo hacer. O sea, acortar la distancia entre mis expectativas y la realidad, como dice el buen meme. Esperemos que no confunda las dos cosas por el camino. Pasa mucho. (<i>El Colombiano</i>, revista dominical <i>Generación</i>, 4 de octubre de 2020, p. 11)</p> <p style="text-align: center;">Carlos Sánchez Lozano</p>	